

con los fugitivos del día 30 se ampararon de formidables trincheras.

Por primera providencia ocupó ARBOLEDA la altura de Belén, que domina á la ciudad (sitio cantado ya por el poeta, como apropiado á fiestas religiosas,* y ahora solicitado por el guerrero como punto estratégico); improvisa allí parapetos; divide su fuerza en tres columnas, y dejando una á retaguardia avanzan las otras dos de frente, en líneas paralelas; y excusando los claros de las calles, escalando tapias y paredes de huertos y casas, dan contra los atrincheramientos. Los sitiados, después de dos días de resistencia, tendieron bandera blanca, y se entregaron á discreción.

ARBOLEDA entró en Popayán el 10 de Agosto. Luégo que allí se confirmó la noticia de los asesinatos oficiales cometidos en Bogotá el 19 de Julio anterior, dictó con fecha 25 del mismo Agosto su ruidoso decreto de represalias, en virtud del cual fueron pasados por las armas tres prisioneros de guerra, reos—al tenor de aquel documento—“de crímenes atroces, perpetrados en la Buena-Ventura” (donde habían muerto quemados J. J. Hoyos y sus compañeros), “en Quilcacé, y en el Valle del Cauca.”

* Al oriente Belén, donde el devoto
Pueblo va á celebrar el nacimiento
De Jesús, su Señor, y cumple el voto,
Año tras año, en santo arrobamiento.
En la blanca capilla mudo, inmoto,
Contempla aquel buen pueblo el gran portento,
Y en solemne silencio recogido
Adora al Salvador recién nacido.

“No he hecho derramar una gota de sangre hasta hoy—decía ARBOLEDA en aquella ocasión;—y espero que si Mosquera estima en algo á los prisioneros que tenemos en nuestro poder, ésta será la última vez, como es la primera, en que la necesidad me arranque una tan dura providencia.”*

Mosquera, con efecto, se contuvo, y no hubo más fusilamientos en el centro de la República, donde él dominaba. Mas no por eso hubo de humanizarse la guerra en el Cauca, donde, en tiempo de revueltas, los odios de castas se avivan; donde los negros, que forman parte considerable de la masa popular, suelen rendir y quitar la vida con igual facilidad; donde tribus bárbaras, como los indios de Tierra-adentro, á quienes ARBOLEDA tuvo por contrarios, ejercen grande influencia en los destinos del país. Allí en tiempo de guerra la civilización apenas cuenta con recursos que oponer á la hidra de la barbarie. Muchas familias abandonan á las fieras aquellas privilegiadas comarcas, de donde ha venido á establecerse una corriente de inmigración, casi no interrumpida, hacia las Repúblicas australes.

ARBOLEDA fué proclamado general en jefe de las fuerzas constitucionales unidas del Cauca y Antioquia, y era realmente el hombre calculado para organizar formal resistencia á la Dictadura que ya señoreaba los otros Estados de la Confederación Granadina. Empero, así en Antioquia como en

* En *La República*, periódico de Bogotá, se publicaron (Enero 13 y Febrero 3 de 1860) varios documentos, los que debe traer á la vista quien quiera conocer los antecedentes de las represalias que ejerció ARBOLEDA.

el Cauca tropezaba el genio de ARBOLEDA, para llevar á buen término su empresa, con obstáculos y contrariedades de vario linaje. En el Cauca tenía enemigos interiores: le hostilizaban las guerrillas del Sur de Popayán; y los bravos indios de Tierra-adentro salieron al paso, obligándole á retroceder, al cuerpo de infantería mandado por T. M. Córdoba, que avanzando sobre Inzá había intentado abrirse comunicación con el interior de la República.

El Sr. Torres, obispo de Popayán, que más adelante por su incondicionada adhesión á los perseguidores de la Iglesia, hubo de recibir una dura reprimenda de S. S. Pio IX, era de tiempo atrás amigo personal de Mosquera, y por no bien encubiertos medios le favorecía, al mismo tiempo que hacía sorda guerra á ARBOLEDA.

En cuanto á Antioquia, era Estado fiel al orden constitucional y por sus recursos pudo haber sido para ARBOLEDA auxiliar poderosísimo, si desgraciadas circunstancias no hubiesen embarazado la unidad en la dirección de las operaciones, sin la cual, en empresas como las militares, todo esfuerzo se malogra.

Antioquia, por las fuerzas vitales y económicas de su población es una de las más importantes regiones de Colombia. Allí la propiedad territorial está muy dividida: muchos robustos mozos que de allá emigran fundan familias y poblaciones fuera de Antioquia; y los que quedan allá radicados, aun los más pobres, tienen todos su casita, su terruño, y mujer propia, harto más fecunda que las agrias breñas en que viven. Aman su provincia, son celosos de su autonomía, y defenderían bien sus fueros en

una campaña rápida; pero padres de familia como son casi todos, no gustan de batallar lejos de sus nidos, no se someten de buen grado á las ausencias dolorosas de una larga expedición, ni por su natural altivez y bravura acatan á otros jefes que á los que miran como á cabeza de tribu, y á quienes tratan con familiaridad de conocidos y de iguales, incompatible con la disciplina militar. El antioqueño, en suma, tiene los defectos de sus eximias cualidades: es inteligente y laborioso, y, dada ocasión, emprendedor y audaz;—no es soldado.

El general Henao, comandante de las fuerzas antioqueñas, no se sujetaba con docilidad á ARBOLEDA; cuando no estaba inmediatamente á sus órdenes, solía eludirlas y aun contrariarlas, obrando por su cuenta; y la gente armada que conducía fué un aliado sólo más bien que un cuerpo regular del ejército unido.

Añádanse á tamaños inconvenientes la miseria que afligía á un país esquilado y agotado, ya por la guerra bárbara que en él hizo Mosquera en 1860, ya por la rapacidad de los agentes á quienes dejó entregado el Sur cuando con sus tropas invadió el interior de la República. Escaseaba á lo sumo, para hombres y animales, la sal, que de muy lejos se lleva al Cauca; faltaban telas para vestidos; no había medio de introducir armas.

Desplegó ARBOLEDA en tales circunstancias todos los recursos de su genio; detuvo la invasión del ejército dictatorial, y rechazó otra irrupción extranjera; sus generales padecieron derrota; pero donde quiera que él mandó en persona, alcanzó memorables triunfos; el prestigio del nombre de DON JULIO (que así le llamaban en el Sur) era avasallador; sostuvo en

fin, una guerra de dos años, en que adquirió la gloria de los caudillos invictos.

A principio de 1862 Mosquera pudo dedicar toda su atención á estrechar el bloqueo puesto al Estado de Antioquía por el de Bolívar, mientras con tres divisiones, que apellidó Ejércitos, uno de ellos á sus ordenes inmediatas, se preparaba como "supremo director de la guerra," á invadir el Estado del Cauca por diversas vías.

Entre tanto tropas destacadas del ejército de ARBOLEDA habían experimentado graves desastres, tales como el de Silvia, donde cerca de 1,000 hombres perecieron á manos de los indios (11 de Enero de 1862).

En Diciembre del año anterior se tuvo noticia de que una expedición organizada en la Costa atlántica había invadido á Antioquía, y ARBOLEDA atendiendo á aquel peligro despachó con fuerzas al Coronel Francisco Luna; pero los antioqueños estacionados en Silvia, sin esperar órdenes, tomaron por su cuenta la vuelta de su Estado nativo amenazado. En fin, ARBOLEDA, que proyectaba tomar la ofensiva pasando la cordillera, se vió precisado á desistir de los planes, y á estar á la defensiva.

Habiendo evacuado á Popayán marchaba en dirección al Norte del Estado solicitando mejor teatro para la resistencia, cuando el 2.º ejército invasor, comandado por López, que había penetrado por Guanacas, le dió alcance en Quinamayó el 20 de Enero. Allí se hizo fuerte ARBOLEDA, y López, aunque tenía fuerzas superiores, no se atrevió á embestirle. El 23 á la madrugada ejecuta ARBOLEDA un movimiento atrevido, y destroza en Vilachí un cuerpo de tropas

que se aprestaba á incorporarse en el ejército de López. Con este suceso, y el contingente que del valle del Cauca recibieron por el mismo tiempo, cobraron grande aliento las tropas acampadas en Quinamayó, donde permaneció ARBOLEDA hasta el 9 de Marzo, en que para mayor contentamiento, regresó victoriosa la gente de guerra que había pasado á Antioquia á repeler la invasión costeña.

Veinte días de inútiles amagos malgastó López asediando á Quinamayó, y al fin con sus tropas asaz enflaquecidas y acobardadas levantó el campo, y contramarchó hacia la cordillera, trasladándose á Silvia, mientras Sánchez que había ocupado á Popayán, dejaba aquella plaza para emboscarse en las montañas de Chirivío.

Sin otro encuentro que el de Vilachí quedó ARBOLEDA, merced á su táctica afortunada, con los honores y prestigio de vencedor; y moviéndose dividió su fuerza en dos trozos, que marcharon á acosar á López en Silvia, y á Sánchez en sus ásperas guaridas. Al mismo tiempo el general Payán, que vencido meses antes por Henao en la Honda se había replegado á la Buena-Ventura, reorganizadas sus fuerzas volvía ahora sobre Cali. A su encuentro, y por orden de ARBOLEDA, salió Henao con las tropas que le seguían, pero en esta vez, al encontrarse de nuevo estos dos generales, la suerte fué aun más impropicia al antioqueño (*Las Hojas*, 25 de Marzo) que lo había sido á su adversario en la Honda, pues no sólo fué vencido Henao, sino que él y cuantos le acompañaban quedaron prisioneros de Payán.

Así, con lances de varia fortuna, se complicaban los sucesos, sin que se viera el término de lucha tan

porfiada. Cuando ocurrió el desastre de Las Hojas, ARBOLEDA, que al frente de las tropas destinadas al Sur marchaba en activa persecución de Sánchez, las había distribuido en fortines, en torno del audaz guerrillero, y le tenía sitiado, y á punto de entregarse ó de huir abandonado de sus parciales. El 28 de Marzo recibió ARBOLEDA la fatal noticia de haber sido derrotado Henao, y al día siguiente muy temprano, dejando allí una escasa fuerza que distrajese á Sánchez, movió su ejército con gran silencio, de Timbío hacia Cali. En el paso de Aganche (río Ovejas) fué preciso echar puente, y ARBOLEDA pasó una noche dirigiendo la obra. En el pueblo de Buenos-Aires recibió una comunicación del Gobernador de Antioquia (á la sazón el Sr. Vélez, sucesor de Giraldo), en que se indicaba de un modo expresivo la conveniencia de dar al Ejército unido una nueva organización : resultado, que el general Henao mandaría en jefe! . . .

El 8 de Abril hizo alto el ejército en el llano de Isabel-Pérez ; en anocheciendo, comenzó á desfilar de nuevo, y á poco pasaba por el arrabal de la ciudad de Cali (que se extiende sobre la suave colina de San Antonio) moviéndose con tan solemne y bien concertado silencio, que la dormida población nada sintió. Pasaron las tropas el río, y detuviéronse en el alto de San Antonio. Las que mandaban Payán y Alzate en número de 4,000 hombres ocupaban *El Cabuyal* y *Los Cristales*, alturas que al S. O. de Cali dominan el Valle. Rompióse la batalla el 11 de Abril, y debido á una brillante carga, decidióse en menos de dos horas. Payán y Alzate cayeron prisioneros, y Henao, con sus compañeros, fué rescata-

do. Espléndido triunfo, pero costoso : el general Joaquín M. Córdoba fué gravemente herido ; varios oficiales distinguidos, entre ellos el estimable caballero Toribio Escobar, murieron.

Empleó ARBOLEDA el mes de Abril en reorganizar sus fuerzas victoriosas, pero quebrantadas, y determinó emprender campaña sobre el Sur. En 8 de Mayo derrotó en Barro-colorado la vanguardia del Ejército de López. En los días siguientes los cuerpos marcharon en diferentes vías para acampar en Quinamayó. El general Henao, que se detuvo en Quilichao, empezó de nuevo á poner dificultades á los planes del general en jefe. Mediante la discreta intervención del general Canal, las tropas antioqueñas volvieron á la obediencia, pero con ciertas condiciones, que envolvían siempre una funesta relajación de la disciplina, y desvirtuaban la eficacia de los proyectos de ARBOLEDA.

El 26 de Mayo, mediante un movimiento estratégico, engañó ARBOLEDA á López, y en el alto de Aganche destruyó las fuerzas destacadas que mandaba el coronel N. Escobar. López hostigado de cerca, tornó hacia Guanacas, y con su 2.º ejército, harto menguado, repasó el Páramo.

Á consecuencia del arreglo aceptado por Henao, pudo ARBOLEDA en Mayo concentrar las tropas aliadas en Quinamayó, y se pasó revista á 5,000 combatientes, mientras Mosquera con el 1.º y 3.º ejército pasaba la cordillera, invadiendo por Quindío y por Moras.

Y hé aquí que cuando los dos caudillos poderosos se aproximaban para medir sus fuerzas, ocurrió una nueva y difícil complicación, que fué terrible prueba

para ARBOLEDA. Tenemos que volver un poco atrás en esta narración, para mejor inteligencia de los sucesos.

Después de la primera ocupación de Popayán en 1861 el Sr. Zarama y el General Eraso, que habían acompañado á ARBOLEDA, tornaron al Sur, el primero como Jefe civil y militar de aquellas lejanas provincias y el segundo como Comandante de armas de la de Túquerres. Necesaria era la constante vigilancia de estos jefes, porque á despecho de las reclamaciones frecuentes con que ocurría al Gobierno del Ecuador el Encargado de negocios de la Confederación granadina en Quito, los revolucionarios emigrados en Tulcán no cesaban de pasar y repasar el Carchi, manteniendo en perenne inquietud á los pueblos comarcanos. En una de esas correrías el capitán Matías Rosero, después de haber batido á una partida enemiga en Jaramal, le siguió el alcance hasta el punto de Faya; allí se hicieron fuertes los derrotados, protegidos por D. Valentín Fierro en persona, jefe militar ecuatoriano de Tulcán; trabóse reñido combate, y Rosero, nuevo Diomedes, sin imaginar que hubiese dioses en la lid, hiere con la espada, en la persona de Fierro, al mismísimo Gobierno del Ecuador. Muchos vieron en la intervención de Fierro el resultado de un plan artero, ejecutado por el jefe político de Tulcán, ideado acaso por el agente de Mosquera en Quito, de acuerdo tal vez con alguna autoridad ecuatoriana, porque la emulación con que miran á los colombianos los naturales de la vecina república del Ecuador, sabido es que data de antigua fecha.

Como quiera que sea, el Presidente García More-

no, ó porque calculadamente tomase pie de aquel lance para desafiarnos, ó porque se dejase arrastrar de exaltado é imprudente celo patriótico, exigió con escasa cortesía, que se le entregasen el capitán Rosero, y aun el general Eraso, á quien achacaba complicidad en lo acaecido, á fin de que fuesen juzgados con arreglo á las leyes ecuatorianas; y organizó fuerzas, y se puso en marcha sobre la frontera, á la cabeza de 1,500 hombres, á que se agregaron como 400 granadinos malcontentos.

En vano el Sr. Zarama se esforzó en mostrar al Sr. García Moreno la inculpabilidad de los acusados; en vano puso de manifiesto que el territorio ecuatoriano no había sido violado; que dado que lo hubiera sido, la reclamación del Gobierno ecuatoriano debía decidirse por árbitros conforme á los tratados vigentes entre las dos Repúblicas. A todo cerró oídos el Presidente del Ecuador, y con aquella impaciencia colérica que á veces, por desgracia, caracterizaba sus actos, remitió á las armas el apetecido desagravio.

Grave falta fué aquella en García Moreno, error inexcusable, y una de las sombras que se advierten en su gloriosa carrera pública.

En la América española ha sido la Nueva Granada campo escogido para las luchas de doctrinas, teatro donde siempre, más que por hombres, se ha lidiado por principios, y los triunfos que aquí han alcanzado alternativamente la causa de la civilización cristiana y el racionalismo demoledor, han conmovido á las otras Repúblicas americanas. Creencias y tradiciones sociales estaban comprometidas en aquella mortal contienda en que Mosquera y ARBOLEDA, representaban dos cimas opuestas, dos principios contrarios. Y

García Moreno, valiente defensor y protector abnegado de los intereses católicos en el Ecuador; García Moreno, á quien sus enemigos honrándole, sin quererlo, apellidaron campeón del fanatismo; García Moreno, anteponiendo á consideraciones de un orden superior, sentimientos de orgullo nacional mal entendido, cooperó al triunfo ominoso, irreparable de la Revolución!

La divisa *ni pongo ni quito rey* no excusará un acto cuyas consecuencias se sienten y se sentirán Dios sabe por cuánto tiempo. Un año más tarde,—demasiado tarde,—medía García Moreno sus fuerzas con Mosquera, y el triunfo que este general alcanzó en Cuaspud, sólo sirvió para afianzar el prestigio militar del dictador granadino, al mismo tiempo que echaba el sello á la humillación del Ecuador. La intervención de García Moreno se enlaza en cierto modo, en el orden material, con la muerte de ARBOLEDA; y como el delito tiene también su lógica tremenda,* no es extraño que el éxito espantable que logró, en lo humano, la inmolación del caudillo granadino en la montaña de Berruecos, diese fuerzas al brazo infame que más tarde sacrificó al caudillo ecuatoriano en la plaza de Quito!

En las circunstancias que dejamos descritas y hallándose en Antón-Moreno en los primeros días de Julio, recibió ARBOLEDA la alarmante confirmación de los aprestos bélicos que contra él activaba el Gobierno ecuatoriano. Acampó el ejército, el 9 de Julio, en Dolores, á pocas leguas de Popayán, y allí

* "Que está en la tierra y en el cielo escrito
Ay! que el delito engendrará delito. . ."

se celebró junta de oficiales generales, para acordar nuevo plan de campaña. Sabía bien ARBOLEDA la repugnancia que sentían sus aliados antioqueños á emprender expediciones lejanas, y (después de consultar particularmente á su hermano D. Sergio, cuyas opiniones respetaba) se convino en que él mismo á la cabeza de 800 hombres marcharía rápidamente á batir al Sr. García Moreno; quedaría Henao como comandante general del grueso del ejército (4,200 hombres), compuesto de tropas antioqueñas y caucanas; pero en la inteligencia, y con el compromiso formal, de que llegado el caso habría de retirarse hacia el sur, para reunirse á la expedición, que dentro de quince días debía regresar, Dios mediante, victoriosa, y reforzada con nuevos elementos de guerra. El 11 de Julio en San Francisco se separaron, y fué despedida eterna, ARBOLEDA y Henao: aquél marchaba al triunfo y al sacrificio; éste á la desobediencia, y por ello á la derrota.

Cuando ARBOLEDA en rápida marcha llegó á Pasto, cúpole la satisfacción de saber que el infatigable Zarama tenía ya sobre la explanada de Túquerres 1,200 voluntarios, armados en gran parte de escopetas y de palos, á falta de mejores armas. Marchaban las fuerzas de ARBOLEDA de Guachucal para Cumbal, cuando recibió una nota firmada por el Sr. Salvador, Ministro de la Guerra de García Moreno. Insistía el Gobierno ecuatoriano en exigir con imperio la entrega de Eraso y de Rosero, amenazando, caso que no se le diese gusto, con hacer por medio de las armas un memorable escarmiento. Contestó ARBOLEDA, después de rechazar la forma inusitada de la nota, renovando las protestas del Sr. Zarama, y pi-

diendo, como él, que la diferencia suscitada se sometiese á arbitraje, de conformidad con los tratados públicos en que estaba empeñada la fe de ambas Repúblicas. Terminaba solicitando una conferencia privada con el Presidente del Ecuador á fin de cambiar explicaciones recíprocas, y ver de encontrar una solución pacífica, y al efecto manifestaba que aguardaría la respuesta, con la cita que se le diese de hora y sitio, hasta otro día á las 5 de la tarde. En vano aguardó contestación á la hora señalada, y hasta las 8 de la misma noche; echó la suerte, y ordenó que sus tropas pasasen el Carchi.

El ejército ecuatoriano tomó posiciones en un cuadro amurallado. Pensó al principio ARBOLEDA en moverse hacia el sur para desalojarlo, obligándole á seguirle; mas luégo decidió atacarlo en sus fortificaciones. En la mañana del día 31 de Julio de 1862, dispuso el plan de ataque. Confió la columna 1.^a al general Jacinto Córdoba, que había de acometer de frente; la 2.^a á Zarama, la 3.^a á Eraso, quienes, en un rápido movimiento de flanco, y con armas á discreción, antes que se hiciese un disparo, habían de interponerse entre la vanguardia y retaguardia enemigas. A órdenes del Coronel Escallón la 4.^a columna flanquearía por el ala derecha. Así se ejecutó, y no había pasado una hora cuando el ejército ecuatoriano estaba ya arrollado y vencido; prisioneros García Moreno, su Estado Mayor y toda la oficialidad; las piezas de artillería, y todos sus elementos bélicos, en poder del vencedor.

ARBOLEDA se mostró generoso. Celebró tratados con García Moreno, y le puso en libertad, lo mismo que á todos los prisioneros. El Presidente del

Ecuador, sin más garantía que su palabra, se obligó á auxiliar al Ejército de la Confederación granadina; mas luégo que se puso en marcha para Quito, no se dió prisa á cumplir lo prometido, y se mantuvo en expectativa,* mientras ARBOLEDA, lleno de ansiedad, y con razón, pensando en Henaó, tornaba apresuradamente no permitiéndole la urgencia sacar de su expedición victoriosa el provecho que pudiera.

A la aproximación de Mosquera, el general Henaó en lugar de replegarse al Sur, según lo convenido, desamparó á Popayán tomando, por el Valle, la vuelta de Antioquia; y en Cartago, encontrándose con el 3.^o ejército conducido por Gutierrez, lo atacó desacomodadamente y en montón, en las fortificadas posiciones de Santa Bárbara (18 de Setiembre). La derrota fué inmediata y completa; el estrago grande.† Henaó, y los que se salvaron, siguieron fugitivos el camino que llevaban.

En el alto de Piedras, á media jornada de Popayán, á donde había llegado á marchas forzadas con sus leales compañeros de armas, recibió ARBOLEDA noticias detalladas que confirmaban el espantoso desastre de Santa Bárbara. Su situación era desesperada. Contramarchó al Sur, y asentó su cuartel general en el Tablón de Mayo. Allí se le ocurrió seguir hacia Pasto acompañado sólo de sus edecanes.

En vano el Sr. Zarama y otros amigos de su intimidad le hicieron reflexiones, y mostrándole el peli-

*Sobre todos estos hechos se han publicado importantes documentos en el *Repertorio Colombiano*, tomo vi, Marzo de 1881.

† Allí murió lanzándose heroicamente sobre las trincheras enemigas el Sr. Giraldo.

gro que corría, se esforzaban por disuadirle. Al verle firme en su propósito, el capellán castrense Sr. Rivas, á impulsos de funesto presentimiento, rompió á llorar como un niño. “No sucederá sino lo que Dios quiera,” fué la última respuesta de ARBOLEDA.

El 12 de Noviembre atravesando la montaña de Berruecos, en el punto llamado el Arenal, una figura extraña que acechaba desde una barranca próxima al camino, después que hubo distinguido á la que debía ser su víctima por las señas que de ella le habían dado, (pues Juan López no conocía personalmente á JULIO ARBOLEDA), hizo tres disparos certeros, y huyendo por una trocha reciente, se intrincó en la espesura. . . .

No faltaba ya sino el fúnebre epílogo de una historia gloriosa y desgraciada. Las tropas, y todo el pueblo pastuso, llorando y gimiendo tributaron los últimos solemnes honores á los restos mortales del gran caudillo; el General Canal capituló, y el último día de 1861 se verificó el dolorosísimo desarme en la “ciudad sagrada,” en la plaza de Pasto.

VIII.

MUERTE DE ARBOLEDA.

LA idea del sacrificio por la patria se había aparecido muchas veces á la imaginación de ARBOLEDA. El presentía que iba á morir como murió. Citaremos, entre muchos, algunos datos que comprueban aquella preocupación.

A los 19 años de edad escribía desde Roma estas

palabras: “Qué feliz sería yo si muriese por mi patria después de haberle prestado algún servicio!”

En 1850 decía en el *Misóforo*:

“Yo he sido asechado, seguido más de una vez por asesinos infames; pero lo que Dios no quiere eso no hace jamás el hombre. Si estoy destinado al sacrificio, á Dios ruego que junte mis huesos á los huesos de mis padres, mi espíritu al espíritu de tantos de los míos que me han precedido en la gloriosa carrera del martirio. . . .”

En el mismo periódico:

“Saludo pues á aquel templo (la cárcel de Popayán) donde se prepararon tantas víctimas para el sacrificio; y le ruego al Dios de mis padres que me purifique como á ellos, y que si es posible, me conceda, aunque la compre con la vida, la corona del martirio.”

En las *Escenas democráticas*, sátira política, enderezó á sus enemigos esta amarga reconvención:

“Pero ya que matáis, matad de balde
Y ved: no me asechéis en los caminos
Con viles y cobardes asesinos;
La bala que de frente me señala
Mata tan bien como cualquiera bala.”

Conversando una vez amistosamente ARBOLEDA, Caro, Madrid y otros, propusieron por pasatiempo cuestiones como éstas: *¿A qué le tiene Vd. más miedo?—¿De qué muerte querría Vd. morir?* A esta cuestión satisfizo ARBOLEDA: *Yo querría morir como Sucre*

Y murió asesinado como el Mariscal de Ayacucho en la sombría montaña de Berruecos.